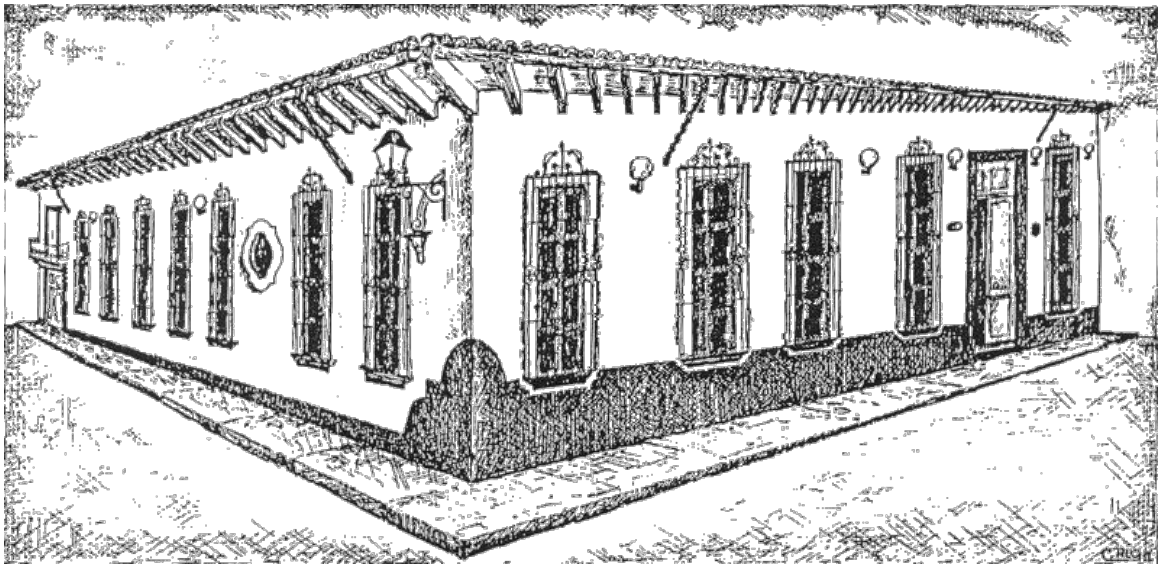
Cuadernos de Trabajo

Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales
UNIVERSIDAD VERACRUZANA



12

Pensar al tiempo desde las ciencias sociales

GUADALUPE VALENCIA GARCÍA

Xalapa, Veracruz, Mayo de 2002

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICO-SOCIALES

Director: Alberto J. Olvera Rivera

CUADERNOS DE TRABAJO

Editor:
Feliciano García Aguirre

Comité Editorial:
Joaquín R. González Martínez
Rosío Córdova Plaza
Pedro Jiménez Lara
Alfredo Zavaleta Betancourt

CUADERNO DE TRABAJO N° 12
© Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales
Universidad Veracruzana
Diego Leño 8, Centro
Xalapa, C.P. 91000, Veracruz

ISSN 1405-5600

Viñeta de la portada: Luis Rechy (*†)*
Cuidado de la edición: Job Hernández Rodríguez

Mayo de 2002
Impreso en México

Pensar al tiempo desde las ciencias sociales

GUADALUPE VALENCIA GARCÍA

Cuadernos de trabajo
Instituto de investigaciones Histórico-Sociales
Universidad Veracruzana

Presentación*

¿Cómo pensar al tiempo desde las ciencias sociales? ¿Cómo hacerlo cuando no se trata de cualquier tiempo, sino precisamente del tiempo histórico? Es obvio que no existe una sola respuesta, sino múltiples acercamientos que pueden permitir la complejización del tiempo en el discurso y en la investigación de las ciencias sociales.

Del tiempo puede hablarse como ingrediente fundamental de algunas de las teorías más importantes en las ciencias sociales; también como un tema de investigación particular: de los muy conocidos análisis antropológicos sobre la variabilidad de concepciones del tiempo en culturas diversas, a los estudios que versan sobre el tiempo laboral o el tiempo libre en la sociología industrial o urbana contemporánea, entre otros.

Pero no son dichos acercamientos los que más interesan en este trabajo. Sin soslayar la importancia del tiempo como tema fundante de casi todos los discursos humanos, incluidos en éstos los de las ciencias sociales, o bien su relevancia como objeto de estudio particular, intentaré más bien pensar al tiempo social en su doble condición de ser, simultáneamente, dimensión constitutiva de todo fenómeno socio-histórico y exigencia del conocimiento de la realidad social presente. La preocupación por desarrollar una reflexión en este sentido, se origina en el reconocimiento de la insuficiencia mostrada por las ciencias sociales, y en específico por la sociología, para desarrollar una forma de racionalidad que penetre en la índole del tiempo como dimensión interna, propia, –y no externa y ajena— a los fenómenos que aborda. Dicho en otras palabras, ante cierta incapacidad de la sociología para desplegar una racionalidad comprometida con la reconstrucción no sólo del fluir temporal en el que transcurren los fenómenos sino, también, de la temporalidad —o mejor aún, las temporalidades— mediante las cuales cualquier fenómeno histórico puede mostrarse en su especificidad.

* Este trabajo formará parte del libro *¿Cómo pensar las ciencias sociales hoy?*, de próxima publicación por la Universidad de la Ciudad de México.

Parto de la convicción de que la naturaleza histórica de lo social exige pensar, nuevamente, a la temporalidad social como un problema epistemológico, teórico y metodológico fundamental para las ciencias sociales.

Por lo anterior, me propongo iniciar una reflexión que tome como punto de partida una pregunta crucial: ¿cómo pensar al tiempo desde y para las ciencias sociales, hoy?

La indagación teórica y metodológica partirá de una somera revisión acerca de la índole del tiempo social, propia de una realidad que, en tanto construcción, es al mismo tiempo histórica e historizante. Después abordaré el problema de la historicidad como exigencia del conocimiento de las realidades socio-históricas. Más adelante examinaré someramente la relación entre los modos del tiempo, pasado-presente-futuro, vista como un nexo fundamental que dota de sentidos diversos al tiempo social. Finalmente, me referiré a algunos problemas teóricos y epistemológicos derivados de la incorporación de las temporalidades sociales en el análisis del presente.

Cabe aclarar que la naturaleza de un tema como el que se intenta pensar aquí, obligaría a una amplitud y profundidad que escapan a las posibilidades de un texto como éste, el cual constituye una reflexión inicial.

GUADALUPE VALENCIA GARCÍA

Tiempo y tiempo socio-histórico

Para pensar al tiempo es conveniente, en primer lugar, distinguir entre el Tiempo como categoría y los conceptos de tiempo, o de temporalidad, propios de los más variados enfoques disciplinarios y discursos humanos. Parto de la conveniencia de establecer dicha distinción, porque puede favorecer el desarrollo de una forma de racionalidad y de un régimen epistemológico pertinentes para abordar, ya no al tiempo en general, sino específicamente al tiempo histórico: a las temporalidades —o las urdimbres espacio-temporales— que vuelven inteligibles a los más variados mundos sociales.

La categoría Tiempo nos remite a la duración, característica presente en todos los discursos sobre el tiempo, por más que en ellos puedan reconocerse cursos temporales tan diversos como el circular y el lineal, el objetivo y el subjetivo, el eterno y el episódico. Lo que queremos decir es que para hablar del tiempo social o del tiempo histórico, es preciso reconocer y hacer inteligible una dimensión común a todas las temporalidades, algo que podríamos llamar el "tiempo a secas", o el Tiempo con mayúsculas. El Tiempo como categoría es la duración, el flujo incesante de sucesos, un continuo fusionado a un cambio perpetuo. Los sucesos pueden adquirir las más diversas formas, incluso pueden aparecer como tramas temporales eternas o inamovibles. Pero aún estas últimas deben ser consideradas en el marco de la duración, del movimiento, pues sólo con respecto a la mutación es posible hablar de lo que aparece como inmutable o como sempiterno. Dicho de otra manera: sólo en su fluir temporal, en la calidad de sus ritmos, fundan su existencia los mundos conocidos e imaginados: el tiempo cósmico del universo, el tiempo mítico del pensamiento arcaico, el tiempo ritual de las sociedades, y todos los otros tiempos que de manera individual y colectiva concebimos y experimentamos.

En segundo término, vale discutir si el tiempo social existe con independencia de otros tiempos —físicos, biológicos, psicológicos, etc.— que pertenecerían a campos del conocimiento particulares y diferenciados del nuestro, o bien si la

especificidad del tiempo social radica en las formas de conocimiento que podemos desarrollar para dar cuenta del tiempo histórico. Es cierto que ninguna ciencia puede hacer abstracción del tiempo; sin embargo, dice Marc Bloch, "para muchas ciencias que, por convención dividen el tiempo en fragmentos artificialmente homogéneos, éste apenas representa algo más que una medida. Por el contrario el tiempo de la historia, realidad concreta y viva abandonada a su impulso irreversible, es el plasma mismo en el que se bañan los fenómenos y algo así como el lugar de su inteligibilidad".[1]

En sociología han prevalecido, según Ramón Ramos, dos enfoques predominantes para abordar la temporalidad social. A veces "el tiempo social es concebido como un tiempo *sui generis*, que informa diferencialmente de los variados aspectos de la realidad social". En otras ocasiones "se entiende por tiempo social aquellos rasgos temporales que exhiben esas mismas realidades".[2] Para este autor, la primera variante es muy problemática dada la incapacidad para resolver los problemas que debe afrontar: "¿cómo aislar ese tiempo (o conjunto diferenciado de tiempos)? ¿cómo fijar sus notas características? ¿cómo conseguir que esas notas sean exclusivamente propias y, por lo tanto, no encuentren réplica en otros niveles de la temporalidad?". La segunda en cambio resulta plausible, en la medida en que puede "limitarse a analizar los aspectos temporales propios de los procesos sociales, sean o no idénticos o semejantes a los que exhiben otros planos de la realidad (física, biológica, psicológica)".[3]

Más allá del reconocimiento del tiempo histórico como el ingrediente esencial constitutivo de toda historia, la defensa de un tiempo que nos pertenezca en exclusiva puede resultar infructuosa. En primer lugar porque al ser humano, y a las sociedades, no le son ajenos los tiempos cósmicos, biológicos, o psicológicos en la medida en la que, todos ellos, forman parte de un universo único enmarcado por la flecha del

[1] Bloch, Marc, *Introducción a la historia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1992, p. 26
[2] Ramos, Ramón, (comp.) *Tiempo y sociedad*, Centro de Investigaciones Sociológicas , Siglo XXI de España, Madrid, 1992, p. XI.
[3] Ibidem.

tiempo.[4] Universo en el que coexisten los tiempos métricos de los calendarios y los tiempos cualitativos de las experiencias temporales de los individuos y de las sociedades. En segundo lugar porque, en sentido estricto, toda experiencia temporal y toda elaboración intelectual sobre el tiempo han sido y seguirán siendo históricas. Expresado de manera sintética: el tiempo, cualquier tiempo, es siempre un producto de la vida social, del conjunto de relaciones significativas que la estructuran.[5]

Además, la temporalidad social tampoco puede ser concebida con independencia de los paradigmas que, en el plano del conocimiento, han revolucionado nuestras formas de conocer, a partir de la concepción del caos como fuente y cómplice del orden. Así lo atestiguan, la paulatina pero generalizada incorporación, al lenguaje de prácticamente todas las ciencias, de categorías como complejidad, caos, incertidumbre, indeterminación y emergencia.

Por todo lo anterior, más que delimitar su propio tiempo, la sociología debe instaurar un régimen epistemológico que enmarque aquellas indagaciones que resulten significativas para abordar el tiempo —o los tiempos— sociales desde las exigencias del presente. Y, también, que provea de buenas herramientas para reconstruir una realidad cuyo principal estatuto teórico —ser temporal—resulta inseparable de la historicidad misma de esa realidad.

Indagar sobre la naturaleza particular de los fenómenos sociales —de esos que pueden enmarcarse en lo que llamamos realidad histórica—, y el carácter de sus componentes, puede resultar más fructífero para pensar al tiempo desde las ciencias sociales. Así, la opción de construir un tipo de razonamiento pertinente para reconstruir la historicidad de la realidad social, y el desarrollo de categorías que permitan dar cuenta de las formas en las que los procesos sociales se expresan como complejo de temporalidades, parece una mejor vía para avanzar en una reflexión como ésta.

---

[4] Aún partiendo de enfoques que privilegian el análisis del tiempo como experiencia, y, por tanto, el papel de la subjetividad individual y colectiva en la percepción temporal, por lo menos en la vida humana estamos encadenados a la flecha del tiempo, a la sucesión de instantes y de momentos que nos llevan del nacimiento a la muerte.

[5] Cfr. Beriain, Josetxo, *El triunfo del tiempo (representaciones culturales de temporalidades sociales),* en*: Política y Sociedad*, 25 (1997), Madrid, pp. 101-118, p. 115.

Pero antes de ello, queda pendiente desbrozar un elemento más en el camino. Este se refiere a la posibilidad, o imposibilidad, de pensar al tiempo con independencia del espacio. De entrada diremos que dichas dimensiones, tiempo y espacio, son susceptibles de ser consideradas, analizadas y conceptualizadas de manera separada, pero que conviene hacerlo, como aquí se intenta para el caso del tiempo, partiendo siempre de su indisoluble unidad.

Toda forma de apropiación de la realidad, desde cualquier perspectiva teórica y desde cualquier ámbito de la creación humana, suponen al tiempo, y al espacio, como condiciones de inteligibilidad fundamentales para acceder a lo real.

Tiempo y espacio pueden ser reconocidas como las categorías fundantes de todas las formas de lenguajes y de todos los tipos de discursos: desde los lenguajes simbólicos propios de la literatura, del arte y de las religiones, hasta los discursos formales de la ciencia.

Pero dichas categorías son, también, los ámbitos en los que se unifican o bifurcan los conocimientos y los saberes sociales. De hecho, la separación de dichas dimensiones, el privilegio de una sobre la otra, o su integración en lo que se ha dado en llamar el "complejo tiempo-espacio", revelan ya las concepciones que sobre ellas se tengan.

Si espacio y tiempo se reducen a ser parámetros de ubicación de los objetos del conocimiento, entonces pueden verse como los componentes primordiales del gran telón de fondo sobre el que se pueden apreciar los fenómenos sociales. Para una concepción parametral, el espacio está allí, antes del hombre, para ser el continente de los hechos sociales que se expresan espacialmente. Y el tiempo se restringe a ser el lapso en el que ocurren los sucesos que interesan al investigador. Con lo cual, tiempo y espacio se convierten simplemente en dos variables más, entre otras, que es preciso delimitar.

Si, en cambio, tiempo y espacio son vistos como ordenes instituyentes de los fenómenos, entonces es muy probable que aparezcan como tramas inseparables a las que, incluso, hay que nombrar ya no como tiempo o espacio, sino como temporalidad y espacialidad, y que bien pueden significarse a partir de metáforas en las que

aparecen como dimensiones inseparables. O bien, a partir de términos que, como el de "configuración social", permiten pensar a cada sociedad, a cada mundo social, a partir de su particular conformación espacio-temporal.

Ahora bien, si hemos de usar metáforas —y éstas sólo pueden ser espaciales— convendría utilizar aquéllas que permitan dar cuenta de mejor manera, del complejo tejido formado por los múltiples tiempos y espacios que se conjugan en cada objeto social. En este sentido, pensar a lo social en función de la "topografía espacio-temporal", resulta mejor que seguir utilizando la tan conocida imagen del tiempo como el fluir del agua en un río. Porque los mapas "han servido tanto como medio para representar al mundo como para problematizar su representación".[6] Los "mapas sociales", permiten apreciar, tanto el devenir temporal en su fluir horizontal, como el relieve del tiempo subjetivo: de sus profundas memorias y de sus elevados horizontes de futuro. Y al ser metáforas eminentemente espaciales, nos previenen de olvidar que los todos los procesos sociales conformados por temporalidades se expresan, también, espacialmente.

Pero, más allá de metáforas, en el ámbito del análisis social es justo admitir la conveniencia de tratar al tiempo y al espacio como dimensiones inseparables. Por una parte porque los procesos temporales sólo existen en el espacio y éste, en tanto espacio humano y humanizado, no puede ser imaginado, creado o construido sino en el tiempo. Por la otra, porque en un sentido estricto toda forma de apropiación del tiempo y del espacio, —desde las que ocurren en la experiencia individual, colectiva o societal, hasta las que se expresan como elaboradas teorizaciones sobre el espacio y el tiempo—, y toda clasificación pertinente a éstas deben ser vistas como construcciones humanas históricas.

Sin embargo, y no obstante la convicción de que tiempo y espacio deben concebirse de manera unificada, también es cierto que pueden ser analizados

[6] Coronil, Fernando, *Más allá del occidentalismo: hacia categorías geohistóricas no-imperialistas*, en: Castro-Gómez, Santiago y Eduardo Mendieta (coords.), *Teorías sin disciplina. Latinoamericanismo, posolonialidad y globalización en debate,* Miguel Angel Porrúa / University of San Francisco, México, 1998, p.p. , 121-145, p. 122

convenientemente de manera separada, siempre y cuando en su tratamiento, insistimos, no olvidemos su indisoluble unidad.

De hecho, en las ciencias sociales tiempo y espacio han sido tratados de manera diferenciada y los amplios desarrollos en torno a ellos así lo evidencian. El espacio ha sido abordado a partir de conceptos tales como región, lugar, densidad, vaciedad o plenitud, cercanía o lejanía, macro y micro, centro y periferia. Por el lado del tiempo nociones como duración, movimiento, devenir, estructura, coyuntura, acontecimiento, cambio, memoria, olvido, recuerdo, así como la relación entre pasado, presente y futuro y la propia noción de historia y de historicidad, dan cuenta de dichos desarrollos. Pero cada una de estas nociones puede "temporalizarse" o "espacializarse" según sea el caso, lo que no equivale a otra cosa sino a historizar el conocimiento logrado mediante el uso de cualquiera de estas categorías. Otros conceptos, como el de distancia, permiten vislumbrar la inseparabilidad del tiempo y del espacio de manera ejemplar. La lejanía y la cercanía son percibidas por la experiencia. Mediante la capacidad de ubicar la proximidad o el alejamiento de los lugares y de los sucesos, lo inmediato y lo alejado se constituyen como características físicas y simbólicas, individual y socialmente construidas en el tiempo y el espacio.

Una vez aclarado lo anterior, avancemos algunas ideas en torno a las maneras en las que se puede pensar hoy, desde las ciencias sociales, a la temporalidad histórica.

Tiempo, realidad social e historicidad

Aún y cuando la reflexión sobre el tiempo ha encontrado un campo fértil en el discurso histórico, en las ciencias sociales seguimos operando, en general, como si el tiempo fuese, simplemente, un parámetro de delimitación de nuestros objetos de estudio. Dicho proceder desdeña, por omisión, la naturaleza cambiante de una

realidad a la que Immanuel Wallerstein se ha referido como aquella con la mayor carga de incertidumbre de todas las realidades definibles.[7]

La realidad a la que aludimos no es otra sino la realidad social, aquélla a la que convocamos desde diversas perspectivas teóricas y disciplinarias reconociendo que su naturaleza más íntima es la de ser histórica. De allí que el principal reto para abordarla es el de dar cuenta de su historicidad. Esto es, de las historias acaecidas y de las que hoy se construyen de cara al futuro y que pasarán a ser, inevitablemente, fragmentos de nuevas historias. Pero la historia vista como construcción nos obliga a introducir a los sujetos sociales como los únicos protagonistas posibles de ella. Sujetos que construyeron realidades, historias, que a menudo se nos ofrecen como las únicas direcciones valederas del devenir humano, pero que esconden a muchas otras que fueron efectivamente posibles.

Como construcción, la realidad socio-histórica es siempre cambiante, y también, siempre inconclusa. Constituye una síntesis que conjuga al pasado y al futuro que se contiene en el presente como posibilidad de construcción. Entendida como proceso, la realidad puede ser vista como "la ramificada mediación entre el presente, el pasado no exhausto y, ante todo, el futuro".[8] Es, entonces, una realidad abierta, que nos obliga a re-pensar la relación entre los "modos del tiempo", el pasado, el presente y el futuro, como una relación en la cual el presente, como gozne que es entre lo anterior y lo posterior, no debe clausurar la efectividad del pasado, ni determinar de manera absoluta al futuro.

Las realidades sociales, las formas de organización social que hoy podemos distinguir en el mundo, pueden ser reconocidas en su especificidad histórica, precisamente, por las maneras en las que elaboran la relación entre los modos del tiempo.

Dichas realidades pueden ser vistas como realidades desbordantes: porque son mutables, asombrosas, complejas y porque, dada su naturaleza histórica, siempre

[7] Wallerstein, Immanuel, *Impensar las ciencias sociales*, CEIICH UNAM, Colección Conceptos, México, 1998, p. 163

[8] Gimbernat, José A. *Ernst Bloch: Utopía y esperanza*, Ed. Cátedra, Colección Teorema, Madrid, 1983. p. 66

resultan excedentes con respecto a los conceptos mediante las cuáles las analizamos. Dicho de otra manera, todo concepto mediante el cuál intentemos abordarlas requerirá de ser especificado para dar cuenta de la historicidad particular mediante la cual la realidad se expresa como fenómeno.

La especificación de lo real, su historización, exigen considerar al sobrante de vida social al que alude Maffesoli, o al residuo de realidad del que hablaba Pareto.[9] Igualmente, al "desparramamiento temporal" al que se refiere Foucault, y para cuyo manejo sugiere la idea de discontinuidad, y, desde luego, a la pluralidad de tiempos de los que hablaba Braudel y para cuyo tratamiento propuso la idea de la totalidad transitada por diversas temporalidades.[10]

Si pensamos la historia, o mejor aún las historias, como constelaciones de múltiples ritmos, como "conjuntos polirrítmicos",[11] el tiempo social se asemeja más, ya lo decíamos, a la topografía del mundo que al fluir del agua por los ríos. La topografía espacio-temporal, con todos sus accidentes geográficos, con todas sus profundidades y elevaciones, pueden permitirnos pensar, no sólo en el fluir temporal en el que se ubica la historia, sino también en las miles de maneras en las que dicho fluir se desborda o es desbordado por la subjetividad puesta en acto por los sujetos sociales concretos.

La historicidad de lo real puede ser vista, así, como la reconstrucción de una topografía que permita captar tanto al tiempo cronológico, en su flujo incesante, como a las interrupciones y desviaciones de ese flujo.

Pero una idea de la historicidad que se vale de recursos cartográficos, como la expresada antes, exige ser completada. La topografía expresa la plasticidad de los complejos tempo-espaciales, pero éstos han sido construidos, continuamente son modificados, y lo seguirán siendo. No son sino historias que intentan ser vistas en varias dimensiones y con el mayor número de relieves posibles. Y nada de lo anterior

[9]Maffesoli, M., *El conocimiento ordinario,* México, Fondo de Cultura Económica, 1993, p. 39.
[10]Cfr. Foucault, M. *Arqueología del saber,* México, S.XXI, 6ª edición, 1979, p. 14, y Braudel, Fernand, *La historia y las ciencias sociales*, México, Alianza, 1989.
[11]Así la concibió Ernst Bloch: la historia como "conjunto polirrítmico", Cfr. Gimbernat, José A., Ernst Bloch*: Utopía y esperanza*, Ed. Cátedra, Colección Teorema, Madrid, 1983, p. 15.

tiene sentido, sin el protagonismo de los sujetos sociales que han construido, imaginado e interpretado los mundos que hoy conocemos.

La historicidad apunta, entonces, a la posibilidad de dar cuenta de los sujetos sociales y de los mundos que han construido, en el marco de la tensión permanente entre su necesaria determinación histórica, y las posibilidades de seguir construyendo historias posibles. La determinación histórica de nuestro presente puede ser aceptada como un hecho inevitable y casi natural. Dicha determinación se funda en formas de conocimiento causales entre el presente desde el cuál es posible interrogar al pasado y de éste, nuevamente, al presente que puede entonces reinterpretarse. Pero la historicidad no puede agotarse en dicha relación: debe tender a establecer, desde el presente, un vínculo hacia el pasado y hacia el futuro, que permita la utilización de lo devenido para la construcción de los sentidos sociales y de los horizontes del porvenir que los sujetos sociales impulsen.

Las diferencias entre la historia y la historicidad no son meramente semánticas. La primera suele ser vista como el resultado del inevitable despliegue temporal en el que pueden ubicarse, en diferentes escalas espaciales, aquellos procesos sociales posibles de ser aprehendidos. La segunda, en cambio, atañe al presente como el único tiempo desde el cual es posible conocer y otorgar sentido al conocimiento social, e interpretar a la realidad en toda la complejidad y riqueza de dimensiones: en el entramado de espacios y tiempos que la constituyen, y que son percibidos, y modificados por los hombres y colectividades sociales.

Se puede decir que la historia expresa a las estructuras de la realidad social y a su obstinada permanencia, mientras que la historicidad alude a las posibilidades, más o menos frágiles y efímeras, de construcción de la virtualidad de lo real, como un camino viable, y no teleológico, de transformación.[12]

La historicidad, dice Jacques Le Goof, permite rechazar en el plano teórico la noción de "sociedades sin historia", y obliga a insertar a la historia misma en una perspectiva histórica. Dicha perspectiva implica el movimiento que vincula una

[12] Cfr. Luminato, Susana, *La función epistemológica de las utopías en la construcción del conocimiento social*, en: Zemelman, Hugo, (coord.) *Círculos de reflexión latinoamericana en ciencias sociales. Cuestiones de teoría y método. Suplementos.*, Anthropos, Barcelona, 1994, p.p. 31-37, p. 32

práctica interpretativa con una práxis social.[13] El privilegio de la historicidad ataja, también, a las versiones del "fin de la historia", tan cercanas a nuestro entorno intelectual, así como a la tentación de ceñir nuestros análisis a un destino inexorable que derive de la linealidad de la historia. Porque si la historia sigue inefablemente el curso del progreso, que se nos ha presentado como el único posible, la historia deja de tener sentido "histórico" para convertirse en un presente perpetuo.

La exigencia de la historicidad nos previene de las hipóstasis del futuro y las desvalorizaciones del pasado, que nos han conducido, dice Bouaventura de Sousa, a la "eternización del presente" desde la cual la transformación social aparece tan impensable como innecesaria. [14]

Lo anterior porque la historicidad, como exigencia del conocimiento sociohistórico, obliga a considerar a lo estructural, a lo determinado, sin privilegio frente a lo posible y a lo indeterminado. Lo permanente y lo contingente deben ser ponderados de manera conjunta: duración y mutación; pasado, presente y futuro; periodo, coyuntura y acontecimiento; sólo pueden definirse en sus relaciones recíprocas.

En el marco de la permanente tensión entre el determinismo y la libertad, el análisis de lo real-social exige una visión en la cual "el mundo sea suficientemente aleatorio como para admitirnos en cuanto sujetos libres, y lo bastante estable como para que nuestras empresas tengan ilusión de perennidad. Creer que absolutamente cualquier cosa es posible o que absolutamente todo es inelectable son cosas que nos inutilizan por igual"[15]

De igual manera, entre la larga historia, la historia episódica casi eterna y los ritmos temporales de los acontecimientos que transforman todo a cada momento, la acción de los sujetos puede ser vista como una "historia entreverada de actos libres y

[13] Cfr. Le Goof, Jacques, *Pensar la historia*, Paidós, Básica, Barcelona, 1997, p. 22
[14] Cfr. Santos, Boaventura de Sousa, *La caída del Angelus Novus: más allá de la ecuación moderna entre raíces y opciones*, en, Revista Mexicana de Sociología, vol. 61, núm. 2, abril-junio 1999, México, D.F., p.p. 35-58
[15]Cruz, Manuel, *Narrativismo*, en Reyes Mate, Manuel (coord.) *Filosofía de la historia, Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía*, Núm. 5, Ed. Trotta, Valladolid, 1993, p.p. 253-269, p. 255.

comportamientos inexorables".[16] Aún aquellos comportamientos que podemos considerar regulares y que denominamos leyes no encuentran sustento sino en la voluntad de unos hombres de perpetuar su dominio sobre otros. A menudo parece olvidarse, dice Manuel Cruz, "que cuando se habla de leyes sociales, se está haciendo referencia al resultado del comportamiento de los mismos sujetos sometidos a ellas, esto es, a un artificio para designar regularidades de conducta".[17]

La realidad no se aprehende, dice Hugo Zemelman, aislando un fenómeno de otro, sino, más bien, en su entrecruzamiento, lo que supone manejar simultáneamente distintas temporalidades y espacios. "El recorte de la dinámica supone (reconocer) tanto la concreción del fenómeno en un momento dado, como la de su despliegue transcoyuntural".[18]

De esta manera, el concepto de historicidad podría defenderse como herramienta útil para analizar no ya un tiempo o conjunto de tiempos, sino el "complejo conglomerado formado por los aspectos temporales de la realidad social".[19] En este sentido, la temporalidad y a la historicidad pueden priorizarse por sobre las categorías de tiempo o de historia. Porque poner en juego dichas categorías en el análisis del presente, no significa otra cosa sino historizar a lo real, y lo real resulta, casi siempre, en un entrecruzamiento complejo de temporalidades y espacialidades diversas.

La historicidad, entonces, puede ser apreciada en la pluralidad de niveles y fragmentaciones temporales, ensamblaje contradictorio y complejo, en el cual "el presente y el pasado se aclaran mutuamente, con luz recíproca".[20] Totalidad transitada por diversas temporalidades: he allí la mutación epistemológica que podemos derivar del pensamiento de F. Braudel.

Temporalidad multidimensional que, con Braudel, permite distinguir entre los tiempos de la historia, el muy largo en los grandes periodos, el largo de la historia

[16] Ibid., p. 256
[17] Ibidem.
[18] Zemelman, Hugo, *Problemas antropológicos y utópicos en el conocimiento*, Colegio de México, México, 1996, p. 165
[19] Ibidem.
[20] Braudel, Fernand, *La historia y las ciencias sociales*, México, Alianza, 19...p. 80

estructural, el ciclo corto en la coyuntura y el tiempo fugaz en la historia episódica.[21] O bien, a la manera o de Ernst Bloch, la concepción de la historia como un "conjunto polirrítmico"; o como propone Hugo Zemelman, la apertura hacia lo inacabado, y la reconstrucción de ritmos que no pueden ser exteriores a la materia de la historia, a su temporalidad.[22]

Sin duda la idea de pluralidad temporal representa una buena estrategia para el tratamiento de la realidad socio-histórica. La distinción entre tiempos estructurales y episódicos, entre ritmos dilatados o ágiles, entre la secuencia y la simultaneidad, permite poner en juego la permanente tensión entre sincronía y diacronía, entre necesidad y azar, entre determinismo y libertad. La idea de la multiplicidad del tiempo admite, además, la incorporación de la "subjetividad sobre el tiempo", tanto como la del "tiempo de la subjetividad" de los actores del mundo real: su riqueza de percepciones temporales, sus memorias y olvidos, sus esperanzas y proyectos.

Concebir a la realidades sociales como territorios poblados por las grandes, pequeñas y diminutas historias creadas y soñadas por hombres que han compartido el camino de una larguísima historia, puede ser una buena forma de concebir la multiplicidad del tiempo social. Otra más puede consistir en la descripción de cada fenómeno social, como una historia que sólo cobra sentido en su entrecruzamiento con todas las otras "historias", —preexistentes, simultáneas, o potenciales,— que contribuyeron a hacerla posible.[23]

---

[21] Braudel, Fernand, Op.cit. p. 63. Sobre los tiempos distinguidos por Braudel, véase también: Wallerstein, Immanuel, *Impensar las ciencias sociales*, CEIICH - UNAM / Siglo XXI, México, 1998, p. 149 y ss.

[22] Zemelman, Hugo. *Utopía,* CEIICH - UNAM, Colección Conceptos, México, 1998.

[23] Tal y como ocurre en el cuento de Italo Calvino, "El castillo de los destinos cruzados", en el que se narra la historia de algunos viajeros que, después de atravesar un bosque, se hospedan en un castillo y, habiendo perdido la voz, utilizan una baraja de tarot para narrar el recorrido realizado. Uno tras otro, los personajes reunidos alrededor de una mesa, cuentan su propia historia desplegando las cartas que consideran pertinentes para ello. Cada carta cobra significado gracias a la posición que ocupa con respecto a las otras cartas, y cada historia adquiere sentido en su entrecruzamiento con las otras historias. Las diferentes posibilidades de entrecruzamiento permiten imaginar muchas historias posibles. Pero esta posibilidad no conduce al caos ni al sin-sentido. Si bien es cierto que cada uno narra el sentido de su propia travesía por el bosque, y de alguna manera su propia historia personal, todos están obligados a narrar su tránsito por el mismo bosque y sólo pueden hacerlo utilizando los sentidos de las travesías de los otros. Cfr. Calvino, Italo, *El castillo de los destinos cruzados*, Siruela / Bolsillo, 2ª. Ed., Madrid, 1995.

Pero la pluralidad de tiempos no debe conducirnos a postular el cambio y la transición por encima de todo, sino más bien a reconocer la trama de temporalidades y de ritmos —inerciales y transformadores, lentos y rápidos, circulares o lineales— que se conjugan en una realidad concreta. La idea del tiempo requiere del cambio y de la permanencia, siempre y cuando ésta última no se conciba como inamovible.

La concepción del mundo social como sistema histórico, tal y como la propone Wallerstein, puede ser útil para aclarar lo anterior. En la medida en que son sistemas "persisten mediante los procesos coyunturales que los rigen, y mientras persistan, poseen algunas características que son inmutables (...) Pero en la medida en que son históricos, cambian con mucha frecuencia; nunca son iguales un instante y el siguiente; cambian en todo detalle, incluyendo sus parámetros espaciales". Y es esta tensión, entre los ritmos cíclicos y las tendencias seculares, "la característica definitoria de un sistema social geohistórico".[24]

Este autor concibe a los sistemas geohistóricos como "las estructuras más complejas del universo".[25] Y propone la categoría de los *sistema-mundo*, como "*vía media* entre las generalizaciones transhistóricas y las narraciones particularistas". Categoría útil para cualquier científico social histórico "que analiza las leyes generales de los sistemas particulares, y las secuencias particulares que han experimentado estos sistemas".[26]

Pero además de su valor heurístico, el concepto de sistema-mundo tiene, también, una honda significación política. Se trata de un concepto útil para la inclusión de la heterogeneidad de intereses, historias y mundos coexistentes en un sistema caracterizado por procesos de desestructuración y reestructuración, de desclasificaciones y reclasificaciones. Y permite plantear, tal y como lo hace Pablo González Casanova, una "heurística del interés general", que contemple la posibilidad de una democracia alternativa, de "un mundo hecho de muchos mundos".[27]

---

[24] Wallerstein, I., *Impensar las...* , Op.cit. p. 161
[25] Wallerstein, *Impensar...* Op.cit., p.163
[26] Ibid. p.p. 264-265.
[27] González Casanova, Pablo, *Reestructuración de las ciencias sociales: hacia un nuevo paradigma*, CEIICH-UNAM, Colección: Las ciencias y las humanidades en los umbrales del siglo XXI, México, 1999.

Otra buena manera de abordar la multiplicidad temporal, en el marco de la tensión permanente entre lo determinado y lo posible, es la concepción de la realidad social como una *articulación en movimiento*. Concebirla de esa manera, tal y como lo plantea Zemelman, puede resultar otra vía adecuada para abordar la historicidad de lo real.

Dicha concepción permite distinguir entre lo producido y lo potencial, entre lo dado y lo posible, y obliga a la construcción de una nueva relación entre el sujeto y el objeto de conocimiento. Si la realidad se reconoce como producto y producente de nuevas realidades, debe incluir, también, a lo determinable, y no puede eludir, entonces, interrogarse por el sentido mismo del conocimiento: ¿desde dónde y para qué conocemos? ¿Quiénes, y para qué, deben reconocer las opciones posibles de viabilizarse históricamente?

El "afecto de la esperanza", del que hablara Bloch puede convertirse, en Zemelman, en ampliación de los planos en los que se despliega el hombre y ampliación de la conciencia que el hombre tiene de ellos. Y ser, entonces, además de un acto afectivo, un acto orientador de carácter cognitivo, una esperanza inteligente.

Los modos del tiempo social: el pasado, el presente y el futuro.

La multiplicidad temporal, a la que nos referimos antes, puede ser descubierta en los ritmos temporales que en la subjetividad individual y colectiva transitan de los inmóviles a los raudos; de los tiempos entrampados a los vertiginosos; del espaciamiento al agolpamiento de sucesos. Cadencias temporales que tienen que ver, fundamentalmente, con la relación entre los modos del tiempo: con los pasados perdidos o recuperados; con los futuros prisioneros del pasado o desplazados del presente; con los presentes cargados de contingencia o de eternidad. Por ello, esperanza y olvido, memoria y sueño, pueden convertirse en preciosa materia de cualquier intento por pensar, desde la sociología, la temporalidad social.

En términos sociológicos, la complejización de nuestra aprehensión del tiempo social debe partir del análisis de las relaciones entre las tres dimensiones básicas del tiempo histórico: el pasado, el presente y el futuro. Los modos del tiempo social, el ayer, el hoy y el mañana, son incomprensibles de manera autónoma. Sólo el presente, desde el cual se mira e interpreta al pasado, y desde el cual se sueña y se prefigura el futuro, puede tener la prerrogativa en dicha relación. Pero el presente no existe sino como gozne entre las historias acaecidas y las posibles de ser construidas.

Muy a menudo el pasado suele ser visto como aquello que irremediablemente ha ocurrido y que de ninguna forma puede ser cambiado. Pero dicha visión debe matizarse: primero porque, como lo reconocen comúnmente los historiadores, el pasado siempre es visto a través del cristal del presente y, en esa medida, está sujeto a reinterpretación. Y, además, porque las historias pasadas, las que ya han sido, coexistieron con todas aquellas que, en su momento, pudieron haberse construido. El pasado fue posibilidad de futuro en algún presente ya pretérito. El presente actual, nuestro presente, será pasado en algún presente futuro. Por ello, el pasado y el futuro sólo tienen sentido en la intelección de los múltiples vínculos que establecen los hombres entre dichas formas, y su propio presente.

Los vínculos entre las formas del tiempo, además, expresan las relaciones entre las continuidades y las metamorfosis temporales. Las formas que adquieren dichos vínculos evidencian, de manera dialéctica, "la incesante alternancia entre fluidez y fijeza, entre flujo continuo y sucesión discontinua, en la experiencia del tiempo."[28] En dicha experiencia, dice Jacques Elliot, no hay cuentas en el collar del tiempo sin el hilo temporal en que se alinean: no existe constancia temporal sin flujo, ni discontinuidad sin marco de continuidad.[29]

Las relaciones entre las formas del tiempo muestran, además, las formas de la subjetividad de la experiencia temporal en el plano individual y colectivo. Si bien es cierto que pasado-presente y futuro pueden ser vistas como extensiones de una secuencia en la que ubicamos nuestras ideas de lo anterior y lo posterior, también es

[28] Elliot, Jacques, *La forma del tiempo*, Paidós, Buenos Aires, 1984, p. 245
[29] Ibidem.

verdad que la experiencia del tiempo no se agota en el eje de la sucesión. Existe otro más, el de la intención, en el que el pasado puede ser visto como expresión del fluir de la memoria, el presente de la percepción y el futuro del deseo y de la expectativa.[30]

Memoria, recuerdo y olvido, tanto como anhelo, esperanza y expectativa, deben formar parte de cualquier análisis del presente. La continuidad y el cambio, las grandes y pequeñas transformaciones son, siempre, expresiones de la subjetividad de los sujetos, quienes resisten, disputan, luchan, evocan el pasado y prefiguran el futuro, contribuyendo a construir la fisonomía particular de sus propios mundos.

Presente, pasado y futuro, en sus complejas relaciones, fundan la dualidad del tiempo social, su carácter jánico. Este atañe a la doble naturaleza de toda puerta y de todo presente: estar abierto siempre hacia el pasado y hacia el futuro. La conjunción de los tres modos del tiempo devela su carácter de límite en donde hay cerrojo y llave, memoria y olvido. Pero no es el presente el que salvaguarda la unidad del tiempo, sino que es la conjugación y disyunción entre ellos lo que le otorga unidad. Por ello, cada acontecimiento histórico, cada coyuntura, son tales en tanto producen situaciones límite que redefinen la relación entre el pasado, el presente y el futuro.

Pero dichas situaciones no siempre han sido reconocidas. Comunes a las diversas teorías de la historia, señala Boaventura de Sousa Santos, fueron la desvalorización del pasado y las hipóstasis del futuro. "El pasado fue visto como pasado y, por ello, incapaz de hacer su aparición, de irrumpir en el presente. Por el contrario, el poder de revelación y fulguración se trasladó al futuro"[31]

Pensar la relación entre los modos del tiempo exige, sin duda, pensar el papel que hemos asignado al pasado en dicha relación, así como reivindicar su papel en la transformación social. Tal vez uno de los autores que resultan más sugerentes para el rescate del pasado sea Walter Benjamin.

En sus célebres *Discursos interrumpidos*, este filósofo reinvidica la capacidad de fulguración del pasado y su utilidad para el presente. Se trata de un pasado vivo que todavía puede permitir al hombre cambiar su historia. Varios autores

[30] Cfr. Elliot, Jacques, Op.cit. p. 19
[31] Santos, Boaventura, Op.cit. p. 36

contemporáneos han recuperado esa idea y la han desarrollado para plantear nuevas formas de mirar la historia dotando de un sentido activo al pasado. Entre otros, Boaventura de Sousa quien propone un uso del pasado que permita su corrección en aras de la emancipación social, y Manuel Reyes Mate, cuando apela a la utilización del pasado para el despertar de la conciencia. También Antonio García de León, cuando, a partir de Benjamin, recupera a la "historia (que) se ocupa del presente y proyecta al futuro su constante y renovada visión del pasado".[32]

Benjamin reinvidica el papel activo del pasado en tres rasgos característicos de su idea de historia:

> a) El pasado es autónomo. No es un no es un dato fijo a disposición de un conocimiento riguroso que quiera apoderarse de lo que realmente ocurrió. Al contrario, el pasado tiene vida propia y es capaz de sorprender a la conciencia presente, asaltándola.
>
> b) Más que la ciencia, la memoria es la que aprehende dicho pasado. Aunque existe una ciencia histórica capaz de reconstruir al pasado a partir de sus vestigios, hay un pasado del que no existe rastro material y que sólo por el recuerdo llega a hacerse presente.
>
> c) El pasado, lo histórico, no interesa entonces como reconstrucción sino como construcción. Esto es, por su capacidad de cambiar el presente, el pasado tiene una dimensión política insoslayable.[33]

A Benjamin le interesa el pasado posible, el que aún no ha acaecido pero que puede tener lugar si el presente se deja asaltar por esa parte inédita de lo ya ocurrido,

---

[32] Cfr. Santos Boaventura, Op.cit., Reyes Mate, Manuel *La historia como interrupción del tiempo*, en: Reyes Mae Manuel (coord.), *Filosofía de la historia, Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía*, Núm. 5, Ed. Trotta, Valladolid, 1993, p.p. 271-287, y, García de León, Antonio, *Walter Benjamin: los prodigios del tiempo;* en: *Fractal*, núm. 5, 1997, Fundación Fractal, México, p.p. 119-138.

[33] Cfr. Reyes Mate, Manuel, *La historia como interrupción del tiempo*, en: Reyes Mate Manuel, (coord.), *Filosofía de la historia, Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía*, Núm. 5, Ed. Trotta, Valladolid, 1993, p.p. 271-287. p.p. 271-272

que pugna por hacer valer sus derechos. Así, cada momento presente puede sentenciar la historia, puede hacer justicia a las injusticias pasadas. Cada momento histórico es, en potencia, el juicio final de la historia.[34]

Desde la perspectiva benjaminiana, el sujeto histórico se constituye a sí mismo gracias a su necesidad de futuro: al hacerse de un conocimiento que no tenía, de aquél que le permite captar a un ayer que no ha concluido para construir un mañana a partir de las historias truncadas que permanecen en la memoria como saldos que hay que cobrar a la historia.

¿Pero de dónde proviene la necesidad de futuro de la que hablamos? Podríamos decir, con Benjamin, que de dicha necesidad quedan descartados todos los satisfechos, los que no necesitan interpretar de nuevo la historia porque les va bien con la que ya tienen. La necesidad remite, dice este autor, "a la no identidad del sujeto con el momento presente: ni lo dado, ni lo transmitido, ni lo prometido sacia su insatisfacción".[35] Sólo la actualización de un pasado que no se ha realizado en el presente, puede saciarla. En la aprehensión de ese pasado olvidado, añade, "...el sujeto accede a la subjetividad histórica; una conquista que supone un nuevo conocimiento de sí, pues si hasta ahora el sujeto necesitado vivía la necesidad como mera privación, ahora es la necesidad lo que le permite captar ese pasado que escapa a la razón y a la ciencia del satisfecho"[36]

Tiempo y conocimiento: algunos problemas teóricos y epistemológicos.

Las reflexiones precedentes, pensamientos iniciales en torno a la temporalidad social, plantean algunos problemas teóricos y epistemológicos que es preciso señalar, aún y cuando no puedan ser desarrollados con toda amplitud en un trabajo como éste.

La concepción de la temporalidad social como dimensión constitutiva de la realidad sociohistórica y como exigencia para conocer dicha realidad, la asunción del

[34]Cfr. Ibid. p. 275
[35] Reyes Mate, *La historia como interrupción...* p. 277
[36]Ibidem

carácter complejo y múltiple de la temporalidad histórica, la recuperación del superávit de cualquier pasado para construir el futuro, son ideas que exigen ser discutidas en el plano de la racionalidad de las ciencias sociales. Dicho de otra manera, la naturaleza histórica e historizante de la realidad social debe ser resuelta, teórica y metodológicamente, en la investigación concreta.

Los problemas que plantea la historización de lo real son teóricos, ideológicos, epistemológicos y metodológicos. Atañen a los grandes discursos mediante los cuales nos hemos conducido, a los conceptos con los cuales solemos nombrar a lo real y a las formas de conocimiento que impulsamos. Cabe, entonces, revisar si nuestros paradigmas de conocimiento son los más convenientes para dar cuenta de la historicidad.

Es justo reconocer que las disciplinas sociales se definen como históricas en el doble sentido de ser, al mismo tiempo, productos e intérpretes de una época y que han bregado, aunque de manera desigual, por fundar su propio tiempo: el de la economía, el de la historia, el de la sociedad y la cultura. Sin embargo, ello no ha garantizado que nuestros análisis logren reflejar cabalmente la historicidad —compleja y múltiple— de una realidad inacabada, en permanente construcción.

El problema es que el tiempo y el espacio han sido concebidos, fundamentalmente, como factores exógenos constantes de la realidad social, como parte de nuestro entorno natural.[37] Tal y como sucede, por ejemplo, en una buena parte de la literatura metodológica que exige al estudiante, o al investigador social, delimitar temporal y espacialmente su objeto de estudio, mediante su ubicación en un contexto espacio-temporal que aparece como telón de fondo, como historia preexistente. Y que lo conduce a ignorar las maneras en que cada fenómeno estudiado puede expresarse como configuración específica de espacio-tiempo, y a desconocer, entonces, la historicidad propia del objeto en cuestión.

Las consecuencias teóricas y políticas de una concepción del tiempo y del espacio —o mejor aún del complejo tiempo-espacio— como dimensiones

[37] Cfr. Wallerstein, Immanuel, *El espacio-tiempo como base del conocimiento*, en*: Análisis político,* Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionale,s Universidad Nacional de Colombia, No. 32, sep/dic 1997, p.p. 3-15, p.4

constituyentes de la realidad social no deben soslayarse. Dicha concepción se origina en el reconocimiento del carácter inacabado de la realidad social, misma que sólo puede analizarse en el marco de la permanente tensión entre la historia acaecida y las historias posibles de ser construidas. Y que supone, también, la incorporación de los sujetos —movimientos, actores, grupos, clases— como los verdadero protagonistas de los aletargados o vertiginosos tiempos de la historia.

La búsqueda de alternativas en la aproximación epistemológica y teórica al tiempo social, bien puede enmarcarse en el llamado que hace Immanuel Wallerstein al "reencantamiento del mundo", para "derribar las barreras artificiales entre los seres humanos y la naturaleza, y reconocer que ambas forman parte de un universo único enmarcado por la flecha del tiempo". Y que propugna por "reinsertar el tiempo y el espacio como variables constitutivas internas en nuestros análisis y no meramente como realidades físicas invariables dentro de las cuales existe el universo social".[38]

Una epistemología del tiempo presente, debe concebir a la historicidad como su principal exigencia gnoseológica para abordar al movimiento de lo real. Movimiento sólo aprehensible en el marco de la tensión entre lo permanente y lo aleatorio, entre la necesidad y el azar. Y buscar, entonces, "insertarse en el fluir de la historia",[39] transitar desde lo constituido hacia lo constituyente, para lograr un "modo de conocimiento que acepte conjugar el movimiento de la realidad con el movimiento del pensamiento", a sabiendas de la evidente asimetría entre el primero y el segundo.[40]

La epistemología, dice Zemelman, "encuentra su más profunda significación en el estímulo de la constitución de la conciencia histórica, pero enriquecida por la apropiación de la subjetividad del sujeto, en cuanto éste ha ido ampliando sus horizontes de apropiación".[41] Ampliación sustentada históricamente en la creciente

[38] Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales, Wallerstein, I. (coord.), *Abrir las ciencias sociales*, CEIICH - UNAM / Siglo XXI, México, 1996, pp. 81-82
[39] Cfr. León, Emma, *El magma constitutivo de la historicidad*, en: León, Emma y Zemelman, Hugo (coords.), *Subjetividad: umbrales del pensamiento social*, CRIM - UNAM / Anthropos, Barcelona, 1997, p.p. 36-72, p. 40
[40] Luminato, Susana, Op.cit. p. 32
[41] Zemelman, Hugo, *Problemas antropológicos y utópicos*..., Op. Cit. p. 36

incorporación de "planos cada vez más amplios y ricos en nuevas esperanzas",[42] pero también en la idea de la necesidad del hombre por ampliar sus horizontes. Necesidad que se transmuta, epistemológicamente, en el desafío de reconocer a la realidad que es siempre incompleta e inacabada.

El manejo de un concepto de historia en la que pueda reconocerse lo regular y lo nuevo plantea la reformulación de dos grandes temas de referencia: las nociones de progreso y de razón científica. La historicidad, entonces, plantea el problema de la distinción entre *lo dado* y *lo dándose* y obliga a revisar el concepto de correspondencia entre las estructuras conceptuales y la realidad empírica.

El tratamiento del tiempo-espacio, en tanto principal dimensión de constitución de lo social, pone en juego todas las formas de conocimiento de la realidad socio-histórica. En este sentido, el problema de la historicidad es teórico, y epistemológico, y atañe tanto a la multiplicidad de discursos sobre la realidad social, como al *ethos* intelectual y científico en el que se enmarcan.

Diferentes perspectivas teóricas incluyen al dinamismo, o lo ignoran; incorporan a los sujetos sociales o los expulsan del análisis; develan la subjetividad social y su riqueza de formas de percepción del tiempo, o las limitan a las dos únicas dimensiones tempo-espaciales que son capaces de admitir —el eterno o el episódico—. Reconocen, en fin, a la historia como expresión de lo inacabado del mundo, o bien decretan su muerte.[43]

Estas perspectivas no son ajenas a los grandes relatos que han otorgado un sentido a la ciencia y al conocimiento: el progreso, la modernidad y, hoy en día, la posmodernidad, constituyen principios organizadores de nuestra comprensión del mundo y del tiempo.

El paradigma del progreso —con su mitología teleológica del encadenamiento causal que, mediante un curso predeterminado, conduce a una meta única—, fue

[42] Ibid. p. 56

[43] El debate en torno al "fin de la historia" se puso de moda a partir de la publicación del ya famoso artículo de Francis Fukuyama, publicado en 1989, en donde el autor sostenía que la historia había llegado a su fin. Cfr. Fontana, Josep, *La historia después del fin de la historia*, Crítica, Barcelona, 1992, p.7.

acogido, durante mucho tiempo como verdad casi universal. Y excluyó de manera definitiva, al tiempo cíclico, con su universo intemporal, propio de algunas sociedades contemporáneas a la nuestra.[44] Aún el marxismo, al proponer que el motor de la historia —la lucha de clases—, conduciría a una nueva sociedad, no clasista, desplazó fuera del tiempo, o al final de los tiempos, el logro del desarrollo histórico.[45]

En la actual fragmentación de las ciencias y de las perspectivas teóricas, es posible encontrar enfoques que desprecian a lo empírico, y a los problemas reales de los hombres, y pretenden reemplazarlos con los más sofisticados análisis de discursos que versan sobre otros discursos. O bien aquellos que, ante la supuesta crisis de las grandes narraciones, enarbolan cierto escepticismo metodológico, que prefiere volver a los pequeños relatos y renuncian, así, a la posibilidad de construir una ciencia propia, capaz de dar cuenta de la realidad social como conjunción de tiempos y espacios permanentes e imprevisibles.

Desde luego, el uso de ciertas nociones y la relación que se establezca entre ellas, y la omisión o el franco desprecio de otras, suponen posturas intelectuales que reflejan la ausencia o presencia de compromisos éticos y políticos en torno a la historia frente a la que se sitúa cada autor.

La veneración que muchos metodólogos profesan hacia la explicación y la verificación, los llevan a privilegiar la determinación causal, y el establecimiento de regularidades, como los objetivos últimos del conocimiento científico.

Pero la temporalidad se resuelve o se ignora, sobre todo, en el ámbito de la investigación concreta. A pesar de que algunos discursos teóricos y epistemológicos reflejen la gran riqueza y complejidad de una realidad caracterizada por la incertidumbre, la metodología del análisis social tiende a defender una concepción de cientificidad a todas luces insuficiente para dar cuenta del movimiento de lo real.

---

[44] Sobre el tiempo cíclico puede consultarse: Geertz, Cliffford, *La interpretación de las culturas*, Gedisa, México, 1987. También: Filipcová, Blanka y Filipec, Jindrich, *Society and concepts of time*, en: *International Social Science Journal. Time and society*, UNESCO / Basil Blackwell, 1982, p.p. 19-32.

[45] Cfr. Reyes Mate, Manuel, *La historia como interrupción del tiempo*, en Reyes Mate, Manuel (coord.), *Filosofía de la historia, Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía*, Núm. 5, Ed. Trotta, Valladolid, 1993, p.p. 271-287.

El problema es que la realidad social, concebida como movimiento, siempre desbordará al objeto que pueda ser reflejado en una relación causal. Este carácter excedente de la realidad, con respecto de cualquier abstracción sobre ella, ha sido advertido por muchos autores que aluden al carácter imprevisible, residual, inacabado, discontinuo, incierto o azaroso que caracteriza a una realidad cuya riqueza radica, justamente, en la consideración de sus indeterminaciones. Indeterminaciones en donde radican, finalmente, cualquiera de las posibilidades de emancipación del hombre

De no asumir lo anterior, corremos el riesgo de llegar al inmovilismo intelectual, o, peor aún, a asumir la incapacidad del hombre por hacerse cargo de su propia historia y, con esto, postular la derrota de la humanidad frente a la capacidad de generar su propio destino.

A manera de recapitulación.

Algunas cuantas formulaciones, que puedan funcionar como recapitulación de los pensamientos antecedentes, y como líneas de trabajo posterior son las siguientes:

1. Al tiempo social hay que concebirlo como temporalidad. A partir del reconocimiento de la categoría tiempo, que remite a todo lo que dura, a lo que permanece y cambia, al tiempo social hay que nombrarlo como temporalidad. Porque la temporalidad, más que el tiempo, remite a las maneras de hacerse a sí misma de cada sociedad, de cada mundo, de cada historia, y permite rescatar, entonces, al tiempo como dimensión constitutiva de lo social.

2. El complejo tiempoespacio marca la indisoluble unidad de espacio y tiempo social, pero cada dimensión puede ser analizada de manera separada. Todo espacio es histórico, toda historia se realiza espacialmente. Si el tiempo es la sangre que corre por las venas de la historia y ésta no se expresa sino en los espacios que el hombre ha

edificado a través de ella, entonces podemos decir que el tiempo puede ser visto como el recurso de construcción histórica por excelencia y el espacio —físico, social, simbólico—, como el resultado de dicha construcción.

3. La historia puede ser vista como una ramificación de temporalidades. La pluralidad temporal, inaugurada por Braudel y continuada por destacados historiadores y sociólogos, representa una buena manera de dar cuenta de las continuas tensiones del presente, entre la determinación histórica y el libre albedrío, entre la larga duración y la historia cotidiana que puede construirse. Y, también, de las relaciones entre los "modos del tiempo", el pasado, el presente y el futuro.

4. En las relaciones entre pasado-presente-futuro, es posible asir al tiempo social, con toda la carga de subjetividad que contiene. Buena parte de la riqueza de las temporalidades sociales radica en la combinación compleja entre secuencia y simultaneidad que sólo la subjetividad, individual y colectiva, es capaz de procesar. Sobre el flujo temporal de la duración la experiencia temporal es capaz de insertar una nueva temporalidad, no aditiva ni cronológica. Una temporalidad cualitativamente diversa fundada en la memoria, el olvido o la expectativa, en la cual los modos del tiempo coexisten en un presente que se ensancha o se dilata, que se precipita o se eterniza.

5. Hay rastros del pasado que pueden ser rescatados del fenecimiento. Son indicios de un pasado no caduco que permiten construir el futuro en el presente. Concebir al presente como el gozne entre el pasado conocido y el futuro posible no debe de llevar a pensar que lo pretérito es un punto fijo al cual asir el conocimiento. No todo lo que ha sucedido debe considerarse, por ese sólo hecho, como una ley, ni debe confundirse lo irreversible con lo necesario. Tampoco debe seguirse expulsando el azar del pasado y reenviarlo perpetuamente hacia el futuro.

6. La complejidad de lo social debe ser rescatada a partir de la comprensión de sus temporalidades. Debemos revisar la pertinencia de nuestras formas de conocimiento, y de nuestras teorías, para dar cuenta de una realidad que, por ser histórica, desborda a lo conocido y a lo nombrado. Y reconocer que algunas formas de concebir a la realidad social pueden funcionar mejor que otras para dar cuenta de la historicidad de lo real. La concepción de la realidad socio-histórica como *articulación en movimiento* (Zemelman); o bien como *sistema-mundo* (Wallerstein), nos estimulan para interrogarnos, de nuevo, acerca de cuáles son los elementos indispensables de un mundo mejor y cuáles son los caminos para lograrlo. En el entendido, claro está, de que si no hay garantía alguna de que el futuro pueda ser un poco mejor para un mayor número de personas, tampoco la hay de que no pueda serlo.

Bibliografía

Beriain, Josetxo, *El triunfo del tiempo (representaciones culturales de temporalidades sociales)*, en: *Política y Sociedad*, 25 (1997), Madrid, p.p. 101-118.

Bloch, Marc, *Introducción a la historia,* Fondo de Cultura Económica, México, 1992.

Braudel, Fernand, *La historia y las ciencias sociales*, México, Alianza, 1989.

----------, *La historia y las ciencias sociales*, México, Alianza, 1989.

Calvino, Italo, *El castillo de los destinos cruzados*, Siruela, 2ª. Ed., Madrid, 1995.

Coronil, Fernando, *Más allá del occidentalismo: hacia categorías geohistóricas no-imperialistas*, en: Castro-Gómez, Santiago y Eduardo Mendieta (coords.), *Teorías sin disciplina. Latinoamericanismo, posolonialidad y globalización en debate*, Miguel Angel Porrúa / University of San Francisco, México, 1998, p.p.121-145.

Cruz, Manuel, *Narrativismo*, en Reyes Mate, Manuel (coord.) *Filosofía de la historia, Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía*, Núm. 5, Ed. Trotta, Valladolid, 1993, p.p. 253-269.

Elliot, Jacques, *La forma del tiempo*, Paidós, Buenos Aires, 1984.

Filipcová, Blanka y Filipec, Jindrich, *Society and concepts of time*, in: *International Social Science Journal. Time and society,* UNESCO / Basil Blackwell, 1982.

Fontana, Josep, *La historia después del fin de la historia*, Crítica, Barcelona, 1992.

Foucault, M. *Arqueología del saber*, México, Siglo XXI, 6ª edición, 1979.

García de León, Antonio, *Walter Benjamin: los prodigios del tiempo*; en: *Fractal,* núm. 5, 1997, Fundación Fractal, México, p.p. 119-138.

Geertz, Cliffford, *La interpretación de las culturas*, Gedisa, México, 1987.

Gimbernat, José A. *Ernst Bloch: Utopía y esperanza*, Ed. Cátedra, Colección Teorema, Madrid, 1983.

González Casanova, Pablo, *Reestructuración de las ciencias sociales: hacia un nuevo paradigma,* CEIICH-UNAM, Colección: Las ciencias y las humanidades en los umbrales del siglo XXI, México, 1999.

Le Goof, Jacques, *Pensar la historia*, Paidós, Básica, Barcelona, 1997.

León, Emma, *El magma constitutivo de la historicidad,* en: León, Emma y Zemelman, Hugo (coords.), *Subjetividad: umbrales del pensamiento social*, CRIM - UNAM / Anthropos, Barcelona, 1997, p.p. 36-72.

Luminato, Susana, *La función epistemológica de las utopías en la construcción del conocimiento social*, en en: Zemelman, Hugo, (coord.) *Círculos de reflexión latinoamericana en ciencias sociales. Cuestiones de teoría y método. Suplementos.*, Anthropos, Barcelona, 1994, p.p. 31-37.

Maffesoli, M., *El conocimiento ordinario*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

Priestley, J.B. *El hombre y el tiempo*, (Trad: Juan García Puente), Aguilar, Madrid, 1ª. Reimp., 1969.

Ramos, Ramón, (comp.) *Tiempo y sociedad*, Centro de Investigaciones Sociológica, Siglo XXI de España, Madrid, 1992.

Reyes Mate, Manuel, *La historia como interrupción del tiempo*, en: Reyes Mate Manuel (coord.), *Filosofía de la historia, Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía*, Núm. 5, Ed. Trotta, Valladolid, 1993, p.p. 271-287.

Santos, Boaventura de Sousa, *La caída del Angelus Novus: más allá de la ecuación moderna entre raíces y opciones*, en, Revista Mexicana de Sociología, vol. 61, núm. 2, abril-junio 1999, México, D.F., p.p. 35-58.

Wallerstein, Immanuel (coord.), *Abrir las ciencias sociales*, CEIICH - UNAM / Siglo XXI, México, 1996.

---------- *El espacio-tiempo como base del conocimiento*, en: *Análisis político*, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionale,s Universidad Nacional de Colombia, No. 32, sep/dic 1997, p.p. 3-15.

---------- *Impensar las ciencias sociales*, CEIICH UNAM, Colección Conceptos, México, 1998.

Zemelman, Hugo, *Problemas antropológicos y utópicos en el conocimiento*, Colegio de México, Colección Jornadas, núm. 126, México, 1996.

----------, *Utopía,* CEIICH - UNAM, Colección Conceptos, México, 1998.

Cuadernos de Trabajo, Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales
Universidad Veracruzana, Diego Leño 8, C.P. 91000, Col. Centro, Xalapa,
Veracruz, México
Telfax (01228) 812 47 19
Email: iihs@uv.mx